

# La mensajera

Jorge Dávila Miguel

## Sur de África, 1976

Muchos años atrás, quizás doscientos, los portugueses pusieron allí aquellos pilotes. Una pareja a cada lado. Fuertes, ligeramente abombados en las puntas y con el lazo del cable en la parte más estrecha de su cuerpo. Todavía se notaba el roce de los cables, pero un óxido ligero lo recubría todo. Se notaban miles de pequeños orificios, como en cualquier hierro que hubiera estado tanto tiempo a la intemperie. José Brañas pasaba la mano por encima de uno y supuso que los otros, al otro lado de la corriente, también se mantendrían firmes. Se abotonó la cazadora hasta el cuello, chupó de nuevo el cigarrillo y calculó la distancia de orilla a orilla.

Había un destacamento de avanzada doce kilómetros más allá del río Queve hacía ocho días. Cruzaron por encima de los restos del puente, hundido a media agua, protegiendo sobre todo el armamento. Pero la mayoría del regimiento seguía del lado de acá, con los blindados, la artillería y el avituallamiento. El mando no sabía cómo hacer llegar al destacamento de avanzada la comida de una manera regular. A la brigada de ingenieros le era imposible ensamblar un puente de emergencia. En aquella parte del Queve las aguas eran caudalosas en esa época del año; la primavera había comenzado con toda su fuerza en el nordeste y la lluvia había colmado allá hoja tras hoja durante días, las hojas habían inundado la tierra y la tierra no había tenido más remedio que volcarse al río.

Bajo un farol a todo gas los jefes discutían. El capitán Pruna había propuesto pasar una moto Ural con sidecar al otro lado y que cada día dos enlaces se encargaran de llevar el rancho a los soldados. Algo había que hacer. Hasta ahora la marcha con los termos era a pie. Los guardias allá abajo no podían encender fuego, habían comido caliente sólo dos veces desde que atravesaron el río. Le habían mandado una nota cifrada al comandante: «Compañero Rojo, con este plan alimentario cada día somos un blanco más difícil para el enemigo, pero el problema es que si sopla el viento nos dispersa: sólo el fusil nos ancla en tierra. Venceremos.»

El primer día habían intentado el cruce con un camión ligero, poco más abajo del puente que el enemigo no había destruido totalmente. El Zil estuvo a punto de perderse, la corriente formaba remolinos en las partes donde la

estructura de concreto hundida se convertía en embudos de agua y fango. Menos mal que el chofer, un mulato oriental que había aprendido a manejar bajando camiones repletos de troncos por los resbaladizos caminos de la sierra tuvo tiempo de parar y decir cojones yo vine a la guerra a tirar tiros y no a ahogarme como un comierda en este río. Así y todo por poco se ahoga en su propio caldo dando marcha atrás. Cuando el camión entró al fin reculando en la fangosa margen norte, el chofer tenía frente, cara y cuello surcada de un sudor que le había empapado sin misericordia el uniforme. Tiró la puerta. «Nunca pude aprender a nadar», explicó a los que le miraban, mientras se adentraba en tierra firme y la nariz del camión parecía que abrevaba en el río.

Por encima de los restos del puente era imposible. Pensaron pasar una cocina de campaña desarmada pero el capitán Pruna se opuso. «Vamos a estar en las mismas ¿cómo llevamos la comida luego hasta allá? Además, las cocinas que tenemos para el regimiento ya no alcanzan. Lo que vamos a tener son guardias hambrientos por todas partes».

Había que pasar un transporte costara lo que costase. Entonces fue que surgió la idea de pasar la moto. «Eso soluciona la cosa», dijo Pruna. «Pero, ¿cómo pasamos la moto?», preguntó Rodríguez, el comisario político. «En dos balsas de caucho rusas —respondió el capitán— una para la moto y otra para el sidecar. Después los hombres pasan a pie por los restos del puente, y todos los días mandamos la comida en la moto». Hubo un silencio general en la tienda de campaña donde discutían los jefes. Sólo se escuchaba el zumbido del farol: mezcla de kerosene y aire a presión alimentando la camiseta incandescente. Entonces el comandante le dijo a Pruna: «Busca al mejor motorista de comunicaciones, ese morito flaco que castigamos el otro día por comerciar con los aldeanos. Selecciona una escuadra de exploradores para que acampe al otro lado del río». El comandante prendió de nuevo fuego al cabo de su tabaco y echó humo complacido. «Hecho. Esta misma noche pasamos la moto con el motorista encima y los guardias tienen comida caliente mañana. Voy a avisar a los tenientes».

—Ese negro se va a ahogar —le dijo Brañas a Pruna que volvía de informar a los oficiales de todas las cosas que debían estar en la orilla del río en media hora.— Ese negro se va a ahogar capitán. Oí lo que van a hacer y eso no funciona.

—¿Qué dices Brañas?, no seas negativo —Pruna temió que el guardia tuviera razón.

—Los botes de caucho no aguantan.

—Ah Brañas —respiró con alivio el capitán— ¿cómo no van a aguantar si cada uno carga quince hombres?

—Quince hombres son carne y la moto es hierro capitán. No aguanta lo mismo. Se vira el bote, la moto se hunde y el negro se ahoga.

—Lo calculamos. El peso es el mismo —dijo Pruna y esperó la respuesta.

—Sé lo que digo capitán. Con el puente derribado se estrecha el cauce y a cinco metros del último trozo de concreto la corriente arrecia por debajo. Es

como una tubería que de veinte se estrecha a cinco. El agua coge presión y el negro se ahoga.

Brañas era buzo. Había sido reclutado como eso. Lo fue en las labores de desembarco en el puerto de la capital durante meses, cada vez que llegaba una nave cargada de armas o soldados. Su trabajo era prevenir los sabotajes. Luego había sido explorador de profundidad y enfermó de los pies. Por eso había sido destinado al 12 regimiento, del comandante Aurelio Rojo, en funciones de servicio. Brañas fue con Pruna a la ribera y le explicó el problema. «Tienes razón soldado —admitió el capitán— tienes razón».

La plana mayor todavía discutía otros problemas bajo el farol cuando Pruna llegó y dijo que lo de la moto no podía ser. El asunto que trataban quedó en suspenso. A todos los jefes les pareció que no habían adelantado nada en toda la noche. El comandante miró a Pruna y le dijo ¿qué coño pasa capitán?

—Mire compañero Rojo —dijo Pruna preocupado por ser mensajero de malas noticias— usted sabe que Brañas, el explorador, es buzo.

—Y qué.

—Que dice que la cosa no sirve. Los botes no aguantan —y le explicó todo tal cual Brañas se lo había detallado. Pero el buzo tuvo que salir de todas formas con la plana mayor en pleno y el farol hasta la margen del río para convencerles de que lo que decía era cierto.

—Bueno Brañas —dijo Rojo mientras encendía de nuevo el mocho de tabaco que ya era menor que su nariz— tú que eres el del desencanto, ¿cómo resolvemos?

—Yo le paso la moto comandante.

—Pásala.

—Déme seis tanques vacíos de cincuenticinco galones. Déme cable, sogas y déme tablones. Yo se la paso.

Estaba amaneciendo cuando Brañas cruzaba el agua helada del Queve por encima del puente destruido. Por allí había pasado el destacamento ocho días antes. Durante varios metros el agua alcanzó a Brañas más arriba del pecho y tuvo que aguantarse muy fuertemente a los hierros retorcidos para no perder el equilibrio. Llevaba dos cabos de sogas gruesas, uno en cada hombro y el peso de las sogas se turnaba para desestabilizarlo. En un momento perdió pie y se hundió por completo, pero salió un trecho más adelante. Al fin alcanzó la ribera sur y amarró los cabos a los viejos pilotes portugueses.

Se había pasado toda la noche en amarres y nudos. Los seis bidones quedaron firmes. Encima también estaban las tablas bien sujetas y de cada esquina salía un enorme lazo por donde irían los cables guías para la balsa.

A eso de las diez de la mañana Brañas se subió en la pequeña plataforma flotante con la moto encendida, acelerando a todo gas como si fuera a propulsar su improvisada nave con el mismísimo rugir de la Ural. También

montó allí al morito motorista. Se fue cobrando poco a poco la soga, amarrada a ambos extremos de la balsa y que daba la vuelta desde el otro lado, con un cabestrante de un camión Berlietz Tramagal. Llegó a la otra orilla la balsa, la moto y el motorista. Al tocar la orilla Brañas puso el vehículo a todo gas y por sus propias ruedas trepó hacia la tierra.

Desde la ribera norte todos los jefes estuvieron atentos a la travesía y le gritaron cosas agradables a Brañas.

Luego la balsa sirvió para cruzar una escuadra de guardia y los termos rusos de campaña. El propio comandante y toda la plana mayor quisieron disfrutar también de la aventura. El día resultaba ser medianamente caluroso y los guardias, a los que se les había permitido llegar hasta el río y bañarse, pudieron contemplar la balsa quieta en su improvisado atracadero.

Por la noche los jefes discutían de nuevo bajo el farol, los hombres en los cientos de tiendas dislocadas en la selva hablaban de la lejanía del hogar, la incertidumbre y sus mujeres. La pequeña nave ya había perdido toda su novedad y su emoción. Menos para Brañas, que se ocupaba de embadurnar con grasa gruesa los puntos de roce del cable y de calcular cómo podría hacerse un mejor viaje. Era su mejor manera de olvidar las eternas preocupaciones nocturnas de los guardias. Pensaba que para la operación del otro día sería mejor acercar más a la orilla el camión con el cabestrante e incluso desmontar el aparato para fijarlo en tierra. El comandante se le acercó con dos tenientes.

—Brañas —le dijo— Brañas, ¿tú te atreves a cruzar tanques y camiones?

El buzo le miró con sorpresa. De una moto Ural a un blindado va mucha diferencia, pensó. Jamás le había pasado por la cabeza que pudieran preguntarle eso. Pero Brañas se sorprendió cuando se escuchó responder.

—Yo le paso lo que usted quiera comandante.

—¿Qué te hace falta?

—Ir a la capital. Al puerto en la capital.

—¿A qué?

—Las dragas en los puertos utilizan unos flotadores para la tubería del dragado. Con algunos de ellos bien amarrados y otras cosas yo le paso un tanque. Necesito también angulares. Me hacen falta cosas que yo sé. Me hacen falta muchos bidones de 55 galones.

—Y ¿qué tiempo tardas?

—Ir y venir, y un par de días por allá. Que me autoricen. Yo le paso el tanque.

—Hazme la lista soldado —dijo seco el comandante—. Yo te lo mando a buscar. No hay tiempo de que vayas y vuelvas. Estamos detenidos, buzo, empieza a calcular cómo lo vas a hacer. Yo te lo traigo todo.

—¿Cuánto pesa un tanque?

—Treinta y dos toneladas.

—Búsqueme ciento dos bidones de 55 galones, ocho flotadores de dragado, soldadura, cabillas, angulares, los tornillos más grandes que encuentre,

dos camas de rastra, también de las más grandes y tráigame veinte llantas de jeep ruso, o de cualquier carro capitalista; me hacen falta también neumáticos, si quiere que sean viejos pero no podridos, hacen falta para los topes de esta orilla y de la otra, que sean cincuenta.

Le trajeron todo. A partir del segundo día por la tarde comenzaron a llegar los bidones. Esa noche una enorme rastra que aún tenía muy claro el emblema de la compañía petrolera Total descargó angulares, cabillas, tornillos, pasadores, tuercas, cables, herramientas y hasta una vieja estufa de leña, como las de las películas del oeste, que Brañas nunca se explicó. El chofer de la rastra tampoco. Nadie nunca supo cómo aquella cocina había ido a dar a la margen norte del Queve, ni para qué. Había material para hacer un destroyer, le dijo Pruna en broma a Brañas. «A ver si haces un barquito después y organizamos nuestro propio convoy para el regreso», le agregó el capitán mientras el buzo caminaba entre todo aquel material amontonado como por encanto de la noche al día. Le dijo el capitán: «Bueno, ¿cuántos batallones te hacen falta para armar la balsa?»

—Hay un problema capitán.

Pruna, que sonreía, puso los labios bien finos y tercicos al instante. Miró a Brañas. «¿Qué pasa?»

—No han llegado las camas de rastra, es lo que va encima. Hay que armar los bidones y flotadores en la panza y luego virarla al revés para que todo quede justo. Se vira toda la armazón con las poleas y aguilonos y entonces la depositamos directo en el agua sobre su panza, con los bidones flotando.

—¿Y no es lo mismo poner encima de los bidones armados la cama y entonces arrastrarla hasta el agua?

—No va a quedar ajustado. Se van a estropear algunos flotadores con el peso y el arrastre.

—¿Cuánto pesa la cama? —preguntó Pruna.

—Imagino que tres toneladas.

—Con un batallón se ajusta.

—Puede que también haya dificultad en arrastrar la armazón hasta el río...

—Con tres batallones la levantamos en peso.

—... Además capitán, no sé la forma exacta de las camas, no puedo empezar a soldar los bidones...

—Brañas —le dijo Pruna despacio— hazlo.

—Bueno capitán, habrá un montón de hombres herniados.

Esa misma madrugada comenzó el trabajo. El jefe de exploración envió a la margen sur dos pelotones para que vigilaran noche y día con guardia doble. Era importante asegurarse que el enemigo no llegara a saber lo que se preparaba.

En aquellos momentos había confusión entre ellos, esperaban la ofensiva por esa dirección y ésta no se había producido. La inteligencia militar sabía, con la resignación del mal menor, que la torpeza de su brigada de puentes no era aceptada por el enemigo como real. Ellos, decenas de kilómetros al sur, estaban convencidos de que se preparaba algo especial. El estado mayor del ejército expedicionario había alimentado cuidadosamente esa equivocación: envió decenas de camiones vacíos hacia el este. Querían hacer pensar al adversario que habían decidido entrar en Namibia por el este. Aunque el mando enemigo no comprendía cómo el ejército expedicionario se podría lanzar a una aventura tal, que precipitaría un conflicto regional, un alto jefe sudafricano dijo: «Si han montado un ejército de 40.000 hombres en barcos de cargar azúcar y cruzaron el mar sin pastillas para el mareo, ¿por qué diablos no se les va a ocurrir meterse en Namibia por el este?». Nunca antes la ineficiencia de una brigada de ingenieros fue tan productiva.

Por eso hubiera sido desastroso que el mando enemigo supiera que sencillamente lo que ocurría es que la tropa no podía atravesar el río —como en cualquier película— con un puente portátil de la brigada de ingenieros, y que en realidad lo que se intentaba era pasar tres brigadas de tanques encima de una especie de batea. Era peligroso que los generales enemigos se enteraran de todo aquello, pero había algo peor: era vergonzoso. Por eso el comandante Coronado le había ordenado al comandante Rojo que sus instrucciones a aquellos dos pelotones de exploradores fueran tajantes: «Que no pase ni un enemigo más acá de cinco kilómetros, y no quiero prisioneros. Si se escapa alguno que avisen de inmediato para enviar los helicópteros».

Cuando Rojo le aclaró a Coronado que no había un solo helicóptero en 200 kilómetros a la redonda, el comandante respondió: «No importa, que vengan desde Luanda, pero ningún cabrón enemigo se ríe de mí». Rojo le explicó que desde Luanda no llegarían a tiempo. Coronado, tajante, le replicó: «Pues coño, por eso mismo te digo que no dejen escapar ni uno».

Ya todo el regimiento sabía lo del pontón. Hasta las unidades que estaban dislocadas diez kilómetros detrás lo conocían. La empresa de Brañas era el comentario de todos los soldados, que hablaban sobre ella con algo de misterio. La embarcación había logrado la hazaña de hacer olvidar el tema diario: el hogar y las mujeres. Unos a otros constantemente se preguntaban qué sabían de lo que sucedía en la ribera norte del río. Lo que se dice de guardia a guardia sobre las operaciones puede tener un resultado estupendo o desastroso en una guerra. Casi un ejército entero puede enterarse en pocas horas de algo, si ese algo es vital para el soldado. Aquel pontón era más que vital para todos los combatientes, que detenidos en la margen norte sabían que de él dependía su suerte. Todos querían saber qué tiempo les separaba de la batalla que se libraría algún día allá abajo. Era una mezcla de ansiedad y de temor porque para el soldado la calma y el aburrimiento son casi tan terribles como el miedo.

Brañas llegó a tener cuarenta hombres trabajando para él. Lo último que llegó al improvisado astillero fueron las camas de rastra. Eran dos enormes

planchas aceradas, perfectamente sólidas, bien rematadas con angulares de acero, cuyos ejes y sistema de transmisión habían sido cortados apresuradamente por los soldadores en la retaguardia. Era lo que faltaba para la balsa que debía cruzar el Queve, y a la que los guardias ya habían puesto nombre: La Mensajera. Llegaron encima de dos transportes para tanques averiados. El aguilón y los cabestrantes que había preparado Brañas no bastaron para bajarlas, fue necesario todo un correaje de cables, rodillos y poleas para que los rectángulos, que efectivamente pesaban unas tres toneladas y media, descansaran suavemente en tierra cerca de donde se ensamblaba durante día y noche el basamento de flotación. El buzo tenía perfecta confianza en lo que hacía. Casi no hablaba con nadie. Desde el momento en que empezó a soldar los primeros bidones a la estructura que luego se cosería a las gigantescas planchas, nada más hacía que vigilar los mínimos detalles. Él era por naturaleza un hombre serio, aunque se permitía algunas chanzas; era incluso bueno haciendo chistes. El cabo Bergutín decía que Brañas era un cómico nato pero que no había crecido para serlo, definición que complacía al buzo y que no entendía nadie más. Muchos le bromeaban en esos días sobre La Mensajera y él aceptaba el juego, pero nunca respondió jocosamente. Y no porque pensara que lo que hacía era más serio que cualquier otra cosa, le dijo a Pruna la tarde en que terminaron de unir los 102 bidones con la estructura de angulares. No es eso, le dijo. Lo que pasa, decía Brañas, es que las cosas se hacen o no se hacen y él no tenía cabeza para hacer dos cosas al mismo tiempo: para hacer un barco que cargaría blindados y bromear acerca de ello. Yo no soy un ingeniero Pruna, le dijo, y creo que tampoco soy muy inteligente. En qué problema me meto si esto me sale mal. La gente tiene a veces la culpa de que algo no le salga bien. No se puede servir la mesa en un restaurante riendo a carcajadas, aunque los platos se pongan bien suave sobre el mantel. En todo es igual. Yo no puedo hacer mi Mensajera y bromear con ella. Aunque fuera con cariño. Hasta me preguntan si le voy a poner puente de mando. «Pero Pruna —agregó justo cuando el capitán lo iba a mandar a dormir un rato— dígame la verdad, ¿acaso no es hermosa mi Mensajera?»

—¡Baja! ¡Baja!

Los ocho aguilones con sus cabestrantes para acomodar las planchas encima de los flotadores y bidones se levantaban simétricos y casi perpendiculares hacia el cielo aquella mañana. Parecían como una catedral gótica hecha de acero y poleas. Los cables estaban tensos, desde los campanarios hasta los rectángulos durísimos y los arbotantes en forma de caballetes de madera recia de la selva. Todo estaba enhiesto en el día claro y sólo alteraba la majestuosidad de aquel engendro de inventor de ribera un leve balanceo que hacía temblar a Brañas.

—¡Quítale los calzos para que ruede un poco a la derecha, Chino! —gritó el buzo.

Brañas había dispuesto la estructura de bidones encima de muchos rodillos de madera. Quería evitar por todos los medios el volteo de los bidones armados encima de la cama y luego verse obligado a volverlo todo otra vez. Un riesgo es mejor que dos, se decía.

—¡Cobra ahora en la esquina! —pedía el capitán Pruna, convertido ahora en lugarteniente del buzo, desde el otro extremo del improvisado astillero. Sin embargo había algo que no marchaba. Hacía ya tres horas que movían de arriba abajo la primera plancha de rastra y el buzo nunca estaba de acuerdo en acabar de depositarla. Y tenía razón, en un primer intento se habían estropeado cuatro bidones. Brañas sabía lo que esto podía significar cuando se botara al agua La Mensajera.

—Sube de nuevo, Chino. Sube y aguanten ahí.

La enorme plancha de acero quedó de nuevo suspendida en el aire. A unos quince metros. Se quedó allí, oscilando leve aunque insolente, como un papalote inmenso. Varios guardias se sentaron a su sombra, que no caía directamente bajo su mole, sofocados por el calor del día que ya arreciaba.

—Esto no camina comandante —dijo muy serio Brañas como para que el jefe lo animara— esto no marcha —le repitió. Hay que intentar otra cosa.

—Buzo —le contestó el comandante— intente lo que quiera. Yo sé que usted va a poder cruzar sobre ese río todo el hierro que haga falta. Pero soldado, no hay tiempo para intentar mucho. Desde muy lejos ya me preguntan por La Mensajera.

Se depositó de nuevo la plancha en el piso, cuidadosamente la voltearon panza arriba. Brañas decidió soldar los bidones para después volverla de nuevo sobre sí. Era la operación que siempre quiso evitar. Esa noche los reflectores de los blindados alumbraron el trabajo de leva de la estructura de flotación. Lo que el buzo temía sucedió. La estructura se resintió y de nuevo hubo que depositarla en tierra para reforzarla con nuevos angulares. Esa noche hubo cerveza para los constructores en la margen norte del Queve. Brañas y sus hombres forcejeaban con los bidones y los volvían a ajustar en su sitio entre una imprecación, un trago de cerveza caliente y sonrisas nerviosas. Al amanecer ya estaba todo compuesto de nuevo: las decenas de bidones y flotadores de draga descansaban en el vientre de las planchas. Ya podía empezar la soldadura y el tornilleo final.

—Brañas, el comandante manda a decirle que se vaya a descansar —le dijo el oficial de guardia.

El buzo hizo caso y se fue a su tienda, aunque a las tres horas estaba de nuevo despierto mirando cómo un nuevo equipo de tanquistas soldados fijaban



puntos y puntos a lo largo de La Mensajera. Aquel sueño le hizo bien. Pero tal parecía que habían pasado muchos años. Ahora notaba un tanto más ajena su balsa. Cuando a eso de las once de la mañana llegó al lugar y la vio descansando boca arriba en toda su extensión, le pareció como si no la reconociera totalmente, aunque entonces pudo contemplarla en toda su belleza. Era un ancho y enorme rectángulo perfectamente perfilado que se veía bien, pero muy bien armado. Como para llevar encima su propia casa, toda su familia, y además un tanque.

A las tres en punto comenzó el izaje. Muchos guardias en los distintos disloques rompieron ese día la disciplina y se acercaron al lugar para ver el acontecimiento. Desde los más alejados campamentos se enviaron emisarios para que luego le contaran a los demás cómo había sido todo. Brañas estaba muy sereno, como después de haber bebido aguardiente puro de caña en una noche y despertar bien temprano al otro día, sin gota de preocupación y notando que el sol realmente alumbra. No se inquietó más. Llamó a los gueros de los aguilonos y conversó con ellos un rato. Se pusieron de acuerdo de cómo debía ser el lento izaje y el aún más lento descenso. Les hizo repetir cómo debía ser el volteo encima de los rodillos que llevarían a La Mensajera hasta su lecho de agua.

Después se sentó y encendió un cigarrillo junto a los hombres que habían armado todo aquello. Alguien trajo una cerveza, le dio unos tragos y no quiso beber más. Dejó la botella resguardada en una sombra y dijo: «Bueno guardias, a virar el barco. Y con cuidado».

Lo malo fue cuando reventó uno de los cables. Estalló en el aire como un látigo de arriero. La Mensajera descendió casi un metro de un tirón por una esquina e hizo que los otros aguilonos se estremecieran, pero aguantaron el golpe. De todos modos ya no había marcha atrás. Aunque aquella esquina se hincara en tierra, Brañas y sus carpinteros de ribera no estaban dispuestos a tolerar más caprichos a la balsa. En el momento del estallido Brañas se levantó de su piedra pero no dijo palabra. Entonces se sentó de nuevo y con voz normal, sin una alteración, continuó dirigiendo el volteo del pontón. Pues se dio cuenta que la voz baja, casi el susurro, era el tono propicio para aquel instante y que en el silencio de aquella multitud de guardias, sólo alterado por el ruido de las aguas revueltas del Queve, una voz rajada y nerviosa sólo empeoraría las cosas y además iba a sonar mal.

Si en los últimos momentos de la bajada de La Mensajera Brañas hubiera tenido el coraje de detenerla en el aire, encima de los rodillos que la esperaban, se podría haber comprobado que efectivamente, las distancias que separaban a cada esquina de los rodillos de arrastre no se diferenciaban una de otra sino por el grueso de un lápiz. Esto fue lo que más llamó la atención de los soldados y los jefes que miraban. Cómo la balsa se posó, justo al mismo tiempo en toda su extensión, como una gallina que va a empollar, sobre los troncos de madera. Eso fue lo que más se comentó después en los disloques.

Para Brañas ese último instante en que los bidones rozaban ya la madera fue muy extraño. Todo le pareció singularmente distante. Quiso detener el

descenso por un segundo para poder mirar por última vez su obra, pero temió. Nunca entendió el porqué de aquel deseo, pero lo tuvo. También quiso decir algo antes de que aquello terminara de posarse, algo como un ensalmo o un discurso, pero la garganta se le trabó y lo que escuchó salir de ella fue simplemente la palabra «bajen», acompañada de un movimiento suave y tierno de sus brazos. Indicó a los grueros que soltaran poco a poco sus palancas. Que retiraran sus manos de ellas. Que terminaran de hacer descansar al fin su Mensajera en tierra.

No hubo vítores. Después del chirrido de los bidones y los angulares, los tornillos y la plancha inmensa, ajustándose entre ellos como un matrimonio enorme, yaciendo en la cama de rodillos; luego que los motores de los cabestrantes callaran, se hizo un sonido seco y de nuevo se escuchó en solitario, como si nada hubiera sucedido, el correr apresurado de las aguas del Queve. Ningún guardia gritó. Algunos miraban La Mensajera descansando en el suelo, pero la mayoría miraba a Brañas de nuevo sentado en su piedra. El comandante Rojo era uno de ellos, y mantuvo su vista en él hasta que el buzo le miró. Entonces le hizo un gesto ladeando la cabeza. Luego se volteó y echó a andar. La plana mayor se alejó tras él.

Fue fácil atezar los cables guías de La Mensajera. Ella entró al río suavemente, aunque con el impulso, el agua le barrió toda la superficie mientras ella se hundía en las aguas pardas por un instante. Ése fue su segundo bautizo, porque Brañas, cuando La Mensajera comenzó a deslizarse hacia el Queve, había roto en una de sus esquinas la media botella de cerveza que había puesto en buena sombra horas antes.

Pruna fue el primero en subir al pontón. Saltó encima y después de recorrerla por las cuatro esquinas, mientras daba pisotones fuertes y saltaba como queriendo hundirla, le dio ya en tierra un fuerte abrazo a Brañas, que miraba su balsa fijamente, con una extraña sensación de lejanía.

Esa misma noche comenzó el desembarco. A muchos guardias que vinieron a ver la última maniobra del pontón apenas les dio tiempo de llegar a sus disloques y contar algo, pues casi con ellos llegó la orden de marcha. A las doce de la noche la margen norte del río parecía una avenida de gran ciudad. Un cordón de luces y camiones se extendía kilómetros atrás. Los grupos estaban formados en columnas. Era toda una cordillera de hombres y motores los que esperaban para el paso. Otros muchos transportes aguardaban apagados en distintos puntos, pero todos tenían tropa encima y sólo esperaban la voz impersonal de la radio que les ordenara incorporarse a la larga fila de blindados, carros y cañones que acababa junto a La Mensajera. Primero cruzaron dos compañías de tanques. Luego una brigada de artillería ligera. El silencio de la madrugada se había convertido en un tronar y tronar ronco de motores que aguardaban. Cada treintisiete minutos desembarcaba un viaje de hierro y tropa en la margen sur. A las tres de la mañana se formó la primera columna al otro lado del río. Se le dio orden de marcha. Muchos calcularon después que a esa misma hora había comenzado el fuego de mortero enemigo kilómetros abajo, pero en aquellos momentos hubiera sido totalmente imposible

notarlo, porque con el rodar de los blindados, ni las órdenes de amarre y desamarre de La Mensajera se escuchaban con claridad. Y aunque sólo hubiera sido por los reflectores de los blindados, que iluminaban como en un estadio la noche, los restos del puente, la balsa, los pilotos portugueses y el Queve, nada se hubiera podido escuchar, pues de tanta luz y tanto polvo el oído se cegaba.

Brañas fue uno de los últimos en estrenar su balsa. Cuando el transporte de su escuadra subió a ella pidió permiso para bajar y palparla sin más intermediario que sus botas, y viajar en ella así. Se puso a popa.

Con todo su equipo de combate encima no era ya un constructor de naves sino un soldado de tantos, aunque ninguno de tantos soldados se sintió tan a gusto en su viaje como José Brañas. Él quería conocer en todos sus movimientos y vaivenes al pontón y tenía que concerlos en muy poco tiempo, antes de que terminara su cortísimo viaje hacia la guerra. Sintió que ahora La Mensajera no era un objeto inanimado sino alguna otra cosa, viva, extraña tal vez, pero palpitante, aunque no perteneciera al mundo de los que respiraban. Y cuando se dio cuenta de que tenía esos pensamientos, se sobresaltó.

Miró hacia atrás, a la margen norte, donde quedaban pocos blindados esperando para el embarque. La orilla del Queve no era ya el final de una enorme culebra de camiones bramando en sus motores. Quedarían diez, doce, a lo sumo quince carros allí, dispersos con el desgano de una fiesta que se acaba. El soldado miró hasta allá sereno. Un guardia orinaba a pocos metros de su tanque. Otro se ajustaba las cananas. Un par de choferes intentaba echar a andar sin éxito un camión cisterna enorme. Por todas partes había trastos abandonados, cajas de fusiles, latas vacías. En una esquina alcanzó a divisar la vieja estufa del oeste que nunca nadie supo cómo ni por qué llegó hasta allí. Cada carro de combate rezagado, cada soldado, cada cantimplora rota en el polvo de aquel sitio se integraban para conformar una escena perfecta de abandono. Pero de pronto a José Brañas se le perdió todo eso de la vista. Al igual que se perdió de su oído todo ruido. Y entonces vio, con sus ojos claros y abiertos, no el día en que él estaba, sino otra tarde, la noche y otras cosas. Vio allá mismo, en vez de los carros rezagados, a su Mensajera incompleta y vio los trajines que le ocuparon con ella durante tanto tiempo. Y se vio a sí mismo, de un lado para otro, dando órdenes y sumergido en aquellos pensamientos que no le permitían ver otra cosa ante sí que no fuera a ella, sola, desmembrada, aún inexistente. Y se estremeció. Porque lo que veía ahora nunca lo vio cuando vivió aquellos momentos. Vio los pernos que fallaban y las vigas sin soldar, vio los peligros del izaje y los flotadores imperfectos. Vio, en fin, como en un sueño, todo por lo que había luchado. Todo por lo que dejó noches sin reposo, por lo que vibró en medio de aquel perdido paraje de África. Todo eso vio y vio también, como en un lapso, otros posibles desenlaces de su empeño, que ahora navegaba debajo de él, perfectamente organizado, llevándolo en su viaje. Y se dijo entonces, más sereno que asombrado, sí, ahora empieza mi verdadero y único trabajo, el peligro y las noches de miedo. Y este pensamiento lo estremeció, tanto y tan de pronto, que temió escaparse de regreso por el túnel de su mirada hasta los momentos que tanto

amó. Pero vio más. Vio aquel sitio de su Mensajera, pero sin ella, sin los soldados ni los pernos, ni los flotadores y ni siquiera los viejos pilotos portugueses que habían estado clavados en las márgenes del Queve al menos desde 200 años antes. Vio la selva, potente y callada, y unos árboles inmensos. Contempló todo aquello con asombro. Se dio cuenta de cuán lejos podría caminar su mirada en aquellos instantes y entonces se sintió tímido, como un vocablo sin importancia. Brañas se afianzó a la barandilla de La Mensajera. Recordó lo que había sucedido ante sus ojos y también notó que durante todas sus visiones la barca apenas se había movido por el río. Ahora un guardia, trepado a un camión, terminaba la frase soez que había comenzado justo en el momento en que el buzo fijó su mirada en la margen que se alejaba. Entonces a Brañas le acudió un pensamiento inquietante. Dio vuelta a su cuerpo y miró a la margen sur, y al horizonte de la margen sur de aquel país. Y no vio ni siquiera uno de los blindados que debían estar iniciando su marcha allí, ni tampoco a uno solo de los hombres que debían estar allí atendiendo el desembarco. Vio algunas escenas dispersas, pero de todas no pudo reconocer ninguna. Sólo la imagen de una enorme selva, callada, paciente, eterna. Y tanto la miró, que sus piernas le flaquearon, el sudor llenó su frente y de nuevo se estremeció. Aunque no le dio importancia. De su garganta escapó un corto gemido. «Todo ha sido una alucinación», se dijo el soldado, y se propuso olvidar, pero notó el sudor de su frente y un ligero temblor. «Qué cosas me pasan —se dijo— ha sido sólo un instante, será la tensión», y entonces se dispuso a disfrutar su corto viaje. Supo que le quedaban pocos minutos sobre ella y miró, aspirando fuerte al horizonte donde se veía ya claramente el humo del cañoneo y desde donde el viento traía también ya el ruido del combate. Así se mantuvo mientras hacía su más breve y definitivo viaje, y así llegó cuando la balsa topó la margen sur.

Al descansar en el recio banco del camión que se aprestaba a iniciar su marcha hacia el frente, vio cómo los zapadores minaban los accesos al embarcadero improvisado donde La Mensajera terminaba su recorrido. Debajo de cada pilote portugués colocaban una carga de explosivo y vio las cargas plásticas que se pondrían en la estructura de su barco en cuanto descendiera de allí el último soldado. En cuanto el mando comprobó la efectividad de la balsa decidió que el enemigo nunca pudiera utilizarla. Pobre Mensajera mía, pensó Brañas, la noticia de tu utilidad fue el plan de tu muerte.

El capitán de zapadores daba gritos a todos sus soldados para que abreviaran aquella tarea que le hacía perder tiempo junto al río mientras kilómetros abajo ya se escribía la historia. El capitán gritaba que todo aquel minado era inútil, y lo decía iracundo, decía a todo pecho: «Los tanques del enemigo son el doble de pesados, y también sus cañones. Esta balsa no resistiría, nunca resistiría». Brañas le escuchaba desde el blindado de su escuadra mirando al agua del río, mientras ya enfilaba rumbo sur. Contempló por última vez a su Mensajera. «A ellos también los podría llevar, a ellos con todos sus cañones», se dijo mientras se alejaba de la balsa sin separar su vista un instante «y ninguno de nosotros o ellos pudo hacerla mejor». Y se imaginó de nuevo a La Mensajera

venciendo las aguas revueltas del Queve, en sentido contrario, y esto le proporcionó un último e inquietante placer.

Se prometió cuando regresara hacia el norte cruzar de nuevo el Queve en La Mensajera. Aunque diez puentes cien veces más firmes lo cruzaran. Lo haría, se juró mientras tenía fija su mirada en el pontón. Pero Brañas nunca regresó por ese camino, ni por ningún otro. Tampoco Pruna, ni el morito flaco, ni el oriental ni el comandante Rojo pudieron montarla de nuevo. Ellos tal vez embarcaron de regreso a su país por alguno de los puertos del sur, pero no puedo asegurarlo. Lo cierto es que ninguno volvió a ver jamás La Mensajera. Ella aún está ahí, y resiste.

De los soldados que la navegaron ya no queda nada. Ni el fragor de la batalla, ni la gloria. Sólo queda el borboteo de las aguas fangosas del Queve, cuando bajan puntualmente cada año, una vez que la primavera ha comenzado.



*Nfumbi. (1995)*